

siempre se armoniza con el del lugar que ocupa el animal, de tal modo que, cuando éste está echado, pasa fácilmente desapercibido.

Los lebratos suelen tener una estrella en la frente, señal que rara vez persiste en el animal adulto.

En la liebre tímida son las orejas más largas que la cabeza, dirigidas hacia atrás. Cuando el animal está echado le llegan á la cola, y por esta circunstancia se diferencia de las otras especies. La punta es negra, así como en los demás lepóridos.

Distribución geográfica.— La patria de la liebre es toda la Europa central y pequeña parte del Asia occidental. En el sur está representada por la liebre del Mediterráneo, especie más pequeña y de pelaje más rojizo; en las altas montañas por la liebre variable; y en los países septentrionales por la liebre de las nieves, especie muy semejante, aunque probablemente distinta de la de los Alpes. Su límite norte es la Escocia, la Suecia meridional y el norte de Rusia; su límite sur, Francia y el norte de Italia.

No sabemos aún si la liebre de la China, de la Buktaria y de las estepas de los kirguises es la misma que la nuestra.

II

Usos, costumbres y régimen.—Las fértiles campiñas inmediatas á los bosques, y las primeras vertientes de las montañas, cubiertas de espesura, son los parajes que la liebre prefiere. En los Alpes llega á una altitud de 1,600 metros sobre el nivel del mar, y en el Cáucaso hasta los 2,000.

La liebre, que inutilmente se ha tratado de aclimatar en el norte, prefiere los países templados á los fríos, y elige los sitios cubiertos y resguardados del viento. Los machos viejos no se cuidan tanto como los jóvenes y las hembras para elegir el sitio en que se proponen habitar: alérganse en las breñas, en los cañaverales y en los montones de leña.

De todos los autores, Dietrich de Winckell es el que mejor ha descrito las costumbres de la liebre, y creo, por lo tanto, que lo mejor será citar aquí textualmente sus palabras.

«Por lo común,—dice,—la liebre es un animal más bien nocturno que diurno, aun cuando en los mejores días del verano se la vea recorrer por mañana y tarde

los campos. No abandona por su gusto el lugar donde se crió y ha crecido si no encuentra otra liebre con la cual pueda aparearse ó si le falta de comer: aléjase del sitio, pero vuelve en otoño ó despues del apareamiento. Cuando se la deja en paz donde habita, permanece allí, y en el caso de ser perseguida huye para siempre. La liebre que vive en los campos no los abandona hasta que comienza á llover, y si queda descubierto el sitio donde se albergaba trasládase á otro, á un campo de nabos, de trigo ó de trébol, etc., en el cual permanece y engorda porque encuentra abundante el alimento. Le gustan mucho las coles, y parece especialmente aficionada al perejil. En el otoño se traslada á las tierras de barbecho y á las hondonadas de juncos; pero mientras la nieve no llegue á cubrir los campos, ó sea poco abundante, no cambia el animal de domicilio. Por la noche penetra en los jardines para comerse las coles. Si nieva mucho, se deja enterrar en su cama; mas, apenas vuelve el buen tiempo, aparece en los campos de trébol. Cuando se cubre la tierra de una capa de hielo, y le va faltando cada vez más su alimento acostumbrado, puede ocasionar grandes perjuicios en los jardines y en los planteles: roe la corteza de los arbolillos, particularmente de las acacias; se come las ciruelas y las coles rojas, y, al derretirse la nieve, devora las yerbas verdes de toda especie. Apenas apuntan los trigos de invierno, aliméntase de ellos; más tarde causa destrozos de otra clase en las sembradas cuando hace su cama; se oculta á menudo durante el día, y sale por la tarde para visitar los campos de nabos y de coles recién plantadas.

»La liebre que habita los bosques no se dirige á los campos sino por la tarde; y al rayar el alba, y poco después de salir el Sol, vuelve á su retiro. Según hemos dicho antes, en el verano suele permanecer algunas veces todo el día en los matorrales, y cuando llueve recorre los eriales y las tierras de barbecho. En el otoño, al caer la hoja, abandona el bosque; llegado el invierno se retira á la más enmarañada espesura; y apenas comienza el deshielo, vuelve á los lugares más descubiertos.

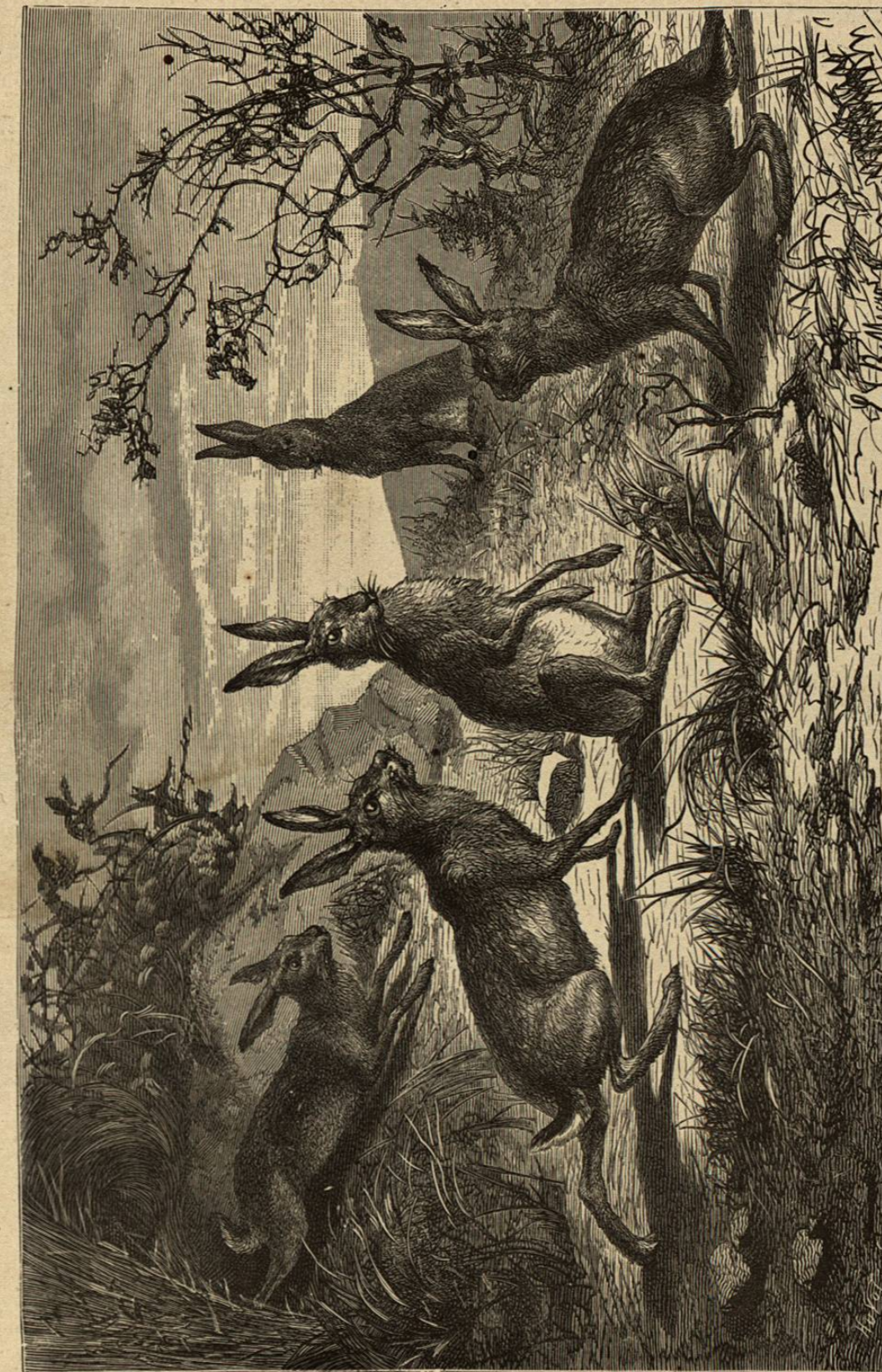
»La verdadera liebre de los bosques se deja ver en linderos durante la buena estación, y si no encuentra bastante alimento va por la tarde á los campos.

»La caída de la hoja no le hace abandonar el bosque, pues en el invierno penetra cada vez más.

»La liebre que habita las montañas se contenta con las yerbas aromáticas que encuentra cerca de su cama: sólo penetra en los campos por capricho y cuando éstos se hallan muy cerca del sitio donde viven.

»A no ser durante la época del celo, en la que todas las liebres están sumamente excitadas, estos animales pasan todo el día durmiendo.

»Nunca se dirige una liebre directamente al sitio donde quiere encamarse: va un poco más lejos, vuelve, repite de nuevo la misma operación, brinca de lado,



Liebres en tiempo de veda

y llega, por último, al sitio donde se quiere detener, dando un gran salto.

»Para preparar su cama practica la liebre, en el te-

reno, un hoyo de 5 á 8 centímetros de profundidad, bastante largo y ancho; de modo que no se ve sino un poco del lomo del animal cuando está echado. En esta

posición tiene las patas posteriores recogidas, apoya la cabeza en las anteriores é inclina las orejas hacia la espalda. Este es el único abrigo con que cuenta la liebre para resguardarse de la lluvia y del temporal: en invierno le profundiza el animal lo bastante para que no se vea de su cuerpo más que un punto gris oscuro. En el verano vuelve la cabeza hacia el norte; pero

cuando llega la estación de los frios, ó llueve ó ventea, la dirige al sur.

»Creeríase que la naturaleza ha concedido á la liebre la ligereza, la astucia y la vigilancia para compensar su timidez innata. Si encuentra durante la noche con qué satisfacer su apetito, y si la temperatura es buena, dirígese por la mañana, al salir el Sol, á un sitio seco y



En acecho del conejo

arenoso, para retozar sola ó con sus semejantes. Entonces salta, corre dando vueltas, se revuelca y se aturde de tal modo con sus juegos, que á veces toma al zorro por una de sus compañeras; error que le cuesta muy pronto la vida. La liebre vieja no se deja sorprender así; y cuando es fuerte y tiene buena salud escapa casi siempre de la persecución de su enemigo, procurando despistarle con sus SS y sus recortes. Cuando la persigue un lebre, trata de que otra liebre cruce

por su camino, obligándola á dejar su cama para echarse en ella, ó bien se refugia entre un rebaño de carneros ó una espesura de cañas, si es que no atraviesa una corriente á nado. Nunca opondrá resistencia á otro animal: únicamente los celos pueden impulsarla á luchar con sus semejantes; y sucede á veces que la inminencia del peligro embarga de tal modo sus facultades, que olvida los medios de salvación, y corre de un lado á otro lanzando gritos lastimeros.»



LOS KANGUROOS

«La liebre,—dice Gastón Febo,—tiene mucha fuerza para correr, y consigue escapar, gracias á la rapidez y duración de su carrera.»

La gran ligereza de la liebre es debida á su organización especial. Con sus miembros posteriores, más largos que los anteriores, el animal puede correr mejor subiendo que bajando. Si está tranquilo da pequeños saltos muy despacio, pero si se apresura son de mucha extensión. Cuando huye y está bastante lejos de su cama, se detiene y se sienta, apoyada en su cuarto trasero; y, en el caso de llevar alguna delantera al perro que la persigue, anda algunos pasos, y vuelve y se revuelve en un espacio muy reducido.

Á la liebre le inspira temor todo objeto que desconoce, y evita cuidadosamente los espantajos, que se ponen en los campos para alejarla; pero las liebres viejas y expertas son á veces muy atrevidas y no temen ni aun á los perros; notándose que, cuando los ven encerrados ó atados, penetran en los jardines con una osadía sin igual, llegando hasta el punto de ponerse á comer á la vista misma de sus más temibles enemigos. Lenz ha observado algunas veces que las liebres llegaban hasta debajo de sus ventanas, pasando tan cerca de los perros, que hubieran podido bañarlas con su baba.

Comunmente no chilla este animal sino en caso de riesgo: entonces produce un sonido semejante al llanto de un niño.

Compréndese desde luego, al ver las grandes orejas de la liebre, que el oído es el más desarrollado de sus sentidos. No tiene el olfato malo, pero la vista es más defectuosa. Sobre todas sus facultades intelectuales predomina una prudencia excesiva, que impulsa á la liebre á ejercer una continua vigilancia. El más leve rumor, el viento que silba á través de las ramas, ó la hoja que cae, bastan para turbar su sueño y llamar toda su atención. Un lagarto que corre, ó el canto de una rana, es lo suficiente para que abandone su lecho, y un ligero silbido la detiene en medio de su rápida carrera. La mansedumbre de la liebre es muy dudosa. Dietrich de Winckell dice que la malignidad es el mayor defecto de este roedor, no porque muerda ó arañe, sino porque en la hembra no hay amor maternal y el macho es en extremo cruel con su prole.

Cuando los inviernos son rigurosos comienza el período del celo en los primeros días de marzo, y si la estación es benigna á fines de febrero, fecha que se anticipa cuanto mejor alimentada está la liebre. «Al principio de dicho período,—dice el autor citado antes,—andan los machos por todas partes, de continuo, en

busca de las hembras, siguiendo su pista con el hocico pegado en tierra, como los perros. Cuando se encuentran dos liebres de distinto sexo, comienzan por acariciarse, corren trazando círculos, y en aquel juego la hembra es la más retonzona. Sin embargo, bien pronto llegan otros machos: el primero trata de llevarse á su compañera obligándola á que huya, pero ésta se resiste, y acaba por marcharse con el más valeroso. Ya se comprenderá que todo esto no sucede sin que haya pelea: los celos irritan á los machos, y se traba una lucha que, sin tener un resultado fatal, es sumamente divertida para el espectador. Dos ó tres machos, y algunas veces más, se persiguen entre sí, se alejan, se lanza uno contra otro poniéndose derechos, y se dan manotazos; vuelan los pelos por todas partes, y continúa la lucha hasta que el más fuerte alcanza la victoria, ó hasta que la hembra se aleja furtivamente con uno de los competidores, lo cual sucede á menudo.»

Cazadores dignos de crédito aseguran que en estas luchas no suelen quedar los machos ilesos; y dicen haber encontrado á veces liebres que no tenían ojos. El pelo que se encuentra en el lugar de la refriega es una señal segura de que ha comenzado la época del celo, y sirve de aviso á los cazadores inteligentes para no perseguir á estos animales.

El período de gestación dura treinta días. La hembra pare por primera vez en la segunda quincena de marzo, y por cuarta y última en agosto. En el primer parto tiene uno ó dos hijuelos, en el segundo de tres á cinco, en el tercero dos, y en el cuarto los mismos ó uno solo.

Unicamente por una excepción, y en el caso de ser el invierno muy benigno, pare hasta cinco veces. Elige al efecto un lugar tranquilo, y deposita su cría en un montón de estiércol, en un tronco hueco, en un lecho de hojarasca, y aunque sea en la tierra desnuda. Los hijuelos nacen con los ojos abiertos, tienen ya pelo y están bastante desarrollados. Según muchos cazadores, comienzan desde luego á secarse y limpiarse ellos mismos. La madre no permanece á su lado más que cinco ó seis días, y los abandona luego á su suerte. Sólo de vez en cuando vuelve al sitio donde se hallan: los llama batiendo las orejas una contra otra, y les da de mamar, menos por amor materno que para desembarzarse de su leche; pero en el caso de peligro se aleja presurosa. Se han visto, no obstante, hembras que defendieron á sus hijuelos contra los cuervos y las aves de rapiña de escasa talla.

El poco cariño de la madre hacia su prole es comunmente la causa principal de la muerte de un gran número de lebratos, muchos de los cuales sucum-